

Juan de Isasa



COMPRA *ONLINE*
EN **PPC-EDITORIAL.ES**

Los más bellos textos de la Biblia



Diseño y maquetación: Antonia Rivero

Fotografía: David Zurita Gómez, Luis Castelo, Diego Lezama Orezzaoli, Álvaro Leiva; Sonsoles Prada, Javier Calbet, Juan Baraja, José Manuel Navia / Archivo SM; Photodisc; INGRAM; Thinkstock; Ablestock; 123RF; Shutterstock; Museo de Navarra; iStock; ARCHIVO SM

© Compañía de María, Marianistas España
© 2019, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppccedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.es

ISBN 978-84-288-3478-0

Depósito legal: M 35280-2019

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Juan de Isasa
(1940-2019)
In memoriam

PRÓLOGO

Este prólogo podría también considerarse un epílogo en la vida de su autor, Juan de Isasa. Prólogo de un libro póstumo. Bien es verdad que un epílogo siempre es un final, y nuestra fe nos dice que, al terminar su morada terrenal, Juan accedió a una vida nueva, con un cielo y una tierra nuevos, donde le habrán sido desvelados los misterios de la Escritura Sagrada, sus imágenes y símbolos. En un abrir y cerrar de ojos habrá podido disfrutar de toda la belleza, bondad y verdad que el Señor tiene reservadas para aquellos que le aman, en respuesta a su amor, que siempre es primero.

Valga, por tanto, el título de «prólogo» a estas páginas que más que introducir a esta obra tan singular, y tan delicada en su concepción y ejecución editorial, sirven para homenajear a su autor en este su último libro.

Juan lo tenía muy avanzado cuando se le declaró, en la primavera pasada, un tumor muy agresivo con el que estuvo luchando unos meses hasta que fue vencido por la enfermedad en el primer mes de este año. Durante estos meses siguió infatigablemente con este proyecto, con total dedicación y una entrega generosa, para que pudiera ver la luz. Poco antes de morir se lo mandó a su editor, para que pusiera en marcha la edición que ahora tienes entre manos.

Juan sabía mucho de edición. Gran parte de su vida se dedicó a la literatura infantil y juvenil, donde era reconocido internacionalmente por su buen hacer. En SM vivió también las vicisitudes de la edición de los libros de texto y todo lo relacionado con la educación. Pues Juan, además de editor –editor con *auctoritas* en el gremio, editor educado y bueno–, era ante todo un educador.

Juan fue durante toda su vida un lector empedernido. Siempre estaba con un libro entre las manos, subrayando, tomando notas, disfrutando con novelas y estudios de los temas más variados (ensayos, libros de divulgación, guías, biografías y un sinfín de intereses propios de una mente intelectualmente abierta a todo y deseosa de aprender y seguir conociendo las ciencias y las humanidades).

Desde muy joven, nuestro autor disfrutaba leyendo, conociendo, meditando y acogiendo la Palabra de Dios, que encontraba en la biblioteca que conocemos como Biblia: la Sagrada Escritura. No es casual, por tanto, que al final de su tiempo se dedicase con renovado empeño a leer y meditar la Escritura y de esa meditación saliera este fruto editorial. Lector y escritor unidos inseparablemente en Juan.

Juan era escritor dedicado a escrutar la revelación divina en los distintos géneros literarios que componen la Biblia. Los rumiaba y luego los vertía en las clases que daba a las catequistas, en los retiros que predicaba, en su actividad pastoral. El libro que ahora publicamos es muestra de esa inquietud por hacer accesible la Palabra de Dios al mayor número de personas posible. Lo hace con erudición, habiendo leído mucha exégesis y comentarios bíblicos, sin ser

un exegeta, sino un compañero de tertulia que va mostrando los tesoros del legado familiar.

Como persona que disfrutaba de la vida, y de la vida compartida con sus familiares y amigos, el autor comparte lo bello y bueno que encuentra en la Biblia, para hacernos disfrutar, consciente de la sencillez de su empeño, alejado del aparato histórico-crítico para acceder a la Escritura. Así nos explica el método que ha elegido, que califica de modesto:

Hay formas más modestas. Más al alcance de cualquiera que quiera entrar en este mundo bíblico y solamente disponga de un tiempo limitado y de unos estudios sin especializaciones. Propongo modestamente uno, que sin duda no es original. Se trata de elegir unos cuantos textos de la Biblia que sean especialmente bellos.

El autor consigue introducirnos en el conocimiento de la Biblia con amenidad, propia de su gran cultura, de su inquietud intelectual. Conjugua ciencia con anécdotas y chascarrillos, que siempre adornaban su comunicación, tan seductora.

El autor sabe que el texto bíblico llega a nuestra vida y la contrasta, nos llama, nos interpela, entra en nuestra intimidad y la moldea. Elige los textos que, desde la belleza, le han alcanzado más y le han acercado más al misterio de un Dios *semper maior*.

Vamos a comprobar que estos textos siguen teniendo vigencia y fuerza. Que difícilmente nos dejan indiferentes. Que, para los creyentes, son una luz que alumbra su fe y para los no creyentes son una experiencia humana nada desdeñable.

Muestra así el autor, una vez más, su deseo de favorecer el diálogo entre creyentes y no creyentes, entre fe y cultura. A ese empeño dedicó su vida.

Elige Juan veinte textos, con una gran diversidad, la mayoría del Antiguo Testamento, especialmente desconocido para el gran público. Agrupa los textos en tres bloques, que hablan también de sus focos de atención vitales: el universo, el hombre y Dios.

Valga un ejemplo de cada uno de estos bloques para abrir el apetito de leer esta obra tan original.

El Dios del Magnificat. El autor, como religioso marianista, sabe bien la importancia del espíritu mariano en la vida del creyente, del rostro maternal de la Iglesia.

Hay que buscar una mariología de la fe donde se muestre el sentido de la oración y del encuentro con Dios. María es la mujer que ha descubierto a Dios y le ha aceptado. Ha recibido el don de Dios y en él ha fundado su existencia. María es referencia y modelo del compromiso gozoso de la fe. Por eso hay que llegar a una mariología de la liberación, ya que la fe libera. La acción de Dios transforma y da plenitud. Se trata de una liberación individual, pero que penetra el mundo. Solo el poder de Dios, por encima del poder humano, de las ideas y del dinero, es capaz de liberar.

El canto de David a la amistad. Tras su muerte, en varias necrológicas se reconoció la capacidad de hacer amigos que tenía nuestro autor, buen amigo de sus amigos.

La amistad, el amor, en definitiva, es sin duda una de las actitudes que más y mejor nos humanizan, ya que nos iguala y nos hace amar al margen de cualquier diferencia de

raza, religión o postura vital. Los amigos no se examinan mutuamente. Se respetan, se admiran, se comprenden. Pueden hacer juntos cualquier cosa y, sobre todo, saben que el amigo no falla.

Hay un tiempo para... Tiempo de nacer y tiempo de morir, tiempo de llorar y tiempo de reír, tiempo de hacer duelo y tiempo de bailar.

Hay un tiempo de escribir, otro de leer, otro de publicar. Hay un tiempo eterno para recordar... y otro para homenajear.

LUIS FERNANDO CRESPO NAVARRO,
Presidente de PPC y SM

INTRODUCCIÓN

En casi todos los hogares hay un ejemplar de la Biblia. Pero la mayoría de las personas jamás lo han abierto. A veces, si se trata de una edición ilustrada, en alguna ocasión se hojea el libro para ver «los santos».

Aún menos son los que han leído una parte sustancial de este libro. Y cuando alguien decide ponerse a leerlo, pasados los primeros capítulos del Génesis, que nos recuerdan las historias que conocemos como «historia sagrada», desiste ante la dificultad de entender lo que viene a continuación.

Y es que no es nada fácil leer la Biblia.

Pongamos un sencillo ejemplo. Si tomamos otro libro que también suele estar en nuestra casa, *Don Quijote de La Mancha*, y que por lo general tampoco hemos leído, salvo tal vez los primeros capítulos, podemos comprobar que solamente ya en la primera página necesitamos una serie de explicaciones para entender correctamente el texto. No sabemos lo que son «los duelos y quebrantos» –salvo en algunas regiones de España–, desconocemos lo que es el «velorí», el «velarte», la «adarga», el «velludo»...

Y se trata de un libro escrito hace apenas unos siglos y en nuestra propia lengua.

La palabra «Biblia» es un plural y significa «los libros». Y, en efecto, una Biblia es una biblioteca. Está formada por

muchos libros. La Biblia católica, la protestante y la judía no coinciden en todos los libros que la integran, aunque sí en una mayoría. El canon, la lista «oficial» de libros considerados sagrados, es diferente para judíos, protestantes y católicos.

Pero, en cualquier caso, lo que nos hace difícil adentrarnos en la Biblia es que se trata de un conjunto muy dispar de libros, escritos en épocas muy diferentes y en su mayoría en hebreo, lengua que tiene poco que ver con las lenguas occidentales. La Biblia es, por tanto, compleja. Pero hay que añadir que incluso para el no creyente que se adentra en sus páginas puede resultar apasionante.

Los estudiosos de la Biblia dedican muchos años al análisis de lenguas y culturas ya desaparecidas para poder comprender mejor este libro de los libros, el que más veces ha sido editado en la historia y el que a más lenguas ha sido traducido. Luego estudian crítica textual, exégesis, literatura comparada... y a veces dedican meses al análisis de una sola frase.

Es, por tanto, un camino solamente permitido para aquellos que pueden dedicar una vida al estudio de la Biblia.

Otros, menos especialistas, hacen cursos diversos de hebreo, historia de Israel, exégesis... y dedican muchas horas de trabajo, y sobre todo leen lo que los especialistas descubrieron.

Tampoco es un camino fácilmente asequible.

Hay formas más modestas. Más al alcance de cualquiera que quiera entrar en este mundo bíblico y solamente disponga de un tiempo limitado y de unos estudios sin especializaciones. Propongo modestamente uno, que sin duda no es original.

Se trata de elegir unos cuantos textos de la Biblia que sean especialmente bellos. Lógicamente, el criterio de belleza es subjetivo, pero hay sin duda elementos que se pueden considerar objetivos y en los que muchos de nosotros coincidiríamos. Nadie dirá que *Las meninas* es un cuadro feo. Puede gustar más o menos, pero creo que ninguno de nosotros lo catalogaría como feo.

Al elegirlos, estoy seguro de que en su gran mayoría coincidiré con muchas personas. Se trata de textos fundamentales y en cierta medida claves para conocer la Biblia.

He seleccionado veinte que considero especialmente bellos y los he dividido en tres grupos: los que hablan del mundo, los que hablan del hombre y los que hablan de Dios.

Son textos escritos en diferentes épocas y con diversas preocupaciones por parte de sus autores, cuyo nombre –los del Antiguo Testamento especialmente– en su mayoría desconocemos. Sabemos cuándo se escribieron con bastante aproximación y también sabemos qué pretendía decirnos su autor. Y vamos a comprobar que siguen teniendo vigencia y fuerza. Que difícilmente nos dejan indiferentes. Que, para los creyentes, son una luz que alumbraba su fe y para los no creyentes son una experiencia humana nada desdeñable.

Al acercarnos a un pasaje de la Sagrada Escritura estamos, de alguna forma, respondiendo a su llamada, a su interpelación, y a la vez se nos llama a escrutar la hondura de los diferentes significados del texto, algunos de los cuales se entienden enseguida y otros, en cambio, están envueltos en intrigantes misterios.

Es bueno referirnos a lo que en Israel significa leer para entender mejor cómo nos tenemos que aproximar a la Escritura.

En hebreo, «leer» es *mikrá*, pero esta palabra también se puede traducir por «llamar». El texto nos llama. El texto no es algo muerto, pasivo, sino que tiene vida, una vida que, al acercarnos a él, tratamos de descubrir.

Por tanto, comentar un texto de la Escritura significa, en primer lugar, establecer una relación de intimidad entre la persona y el texto. Al comentarlo se eliminan las distancias. Aunque yo no sea siempre capaz de alcanzar la verdad, por lo menos puedo acercarme a su fuente. Cuando rezamos, hablamos a Dios. Cuando estudiamos, Dios nos habla. La palabra clave para saber si mi comentario es acertado es «lealtad». Si es fiel a la Palabra de Dios.

Los más bellos textos de la Sagrada Escritura

I. EL UNIVERSO

1. La creación (Gn 1,1-2,4)
2. Un tiempo para... (Qo 3,1-11)
3. La belleza de la creación (Sal 104 [103])
4. Todo lo verdadero... (Flp 4,4-9)

II. EL HOMBRE

1. Parábola de los árboles (Jue 9,6-15)
2. Un corazón de carne (Ez 36,24-32)
3. La amada (Cant 4)
4. Canto de David a la amistad (2 Sam 1)
5. La fidelidad (Rut 1,8-18)
6. José perdona a sus hermanos (Gn 45,1-15)
7. La convivencia del lobo y el cordero (Is 11,1-9)
8. El hombre verdadero (Sal 15 [14])
9. Los hombres misericordiosos (Sir 44,1-15)

III. DIOS

1. ¿Quién conoce a Dios? (Job 42,1-10)
2. El Dios tierno (Sal 103 [102])
3. El corazón de Dios (Os 11,1-9)
4. Los caminos de Dios (Dt 10,12-22)
5. Hablar con Dios (Ex 33,7-18)
6. Yo estoy contigo (Gn 28,10-22)
7. El Dios del *Magnificat* (Lc 1,46-55)



I

EL UNIVERSO

Al hablar del universo nos referimos especialmente a nuestro mundo, a este pequeño lugar que ocupamos, en el que nacemos y morimos. Y con frecuencia nos preguntamos de dónde viene este hogar de los seres humanos. Quién o qué está detrás de él. En resumen, nos preguntamos por la creación.

A finales del siglo XVIII, tras escuchar *El Mesías*, de Händel, Joseph Haydn decidió que él también tenía que crear una obra definitiva. Y entre 1796 y 1798 compuso una obra titulada *Die Schöpfung* («La creación»).

Los textos de este oratorio genial están tomados de la Escritura y del *Paraíso perdido*, de J. Milton. El autor del texto, Van Swieten, quería que la oscuridad se disipara en el primer coro, pero que la creación de la luz fuera percibida claramente. Y cuando se dice: «Hágase la luz» (*Und es war licht*), el público arranca aplaudiendo como celebrando el momento en que la tiniebla es vencida por la luz.

He elegido cuatro textos que hablan del universo. El primero es del Génesis, el primer libro de la Escritura, el libro de los orígenes.

El segundo está tomado de un libro sapiencial. Es un sabio quien habla. Alguien que conoce el mundo y la vida. Y habla del tiempo, que se nos escapa continuamente.

El tercero es un salmo que alaba la obra de Dios. Narra la belleza de la creación y da gracias a Dios por ese don maravilloso.

Y el cuarto es de la carta de Pablo a los cristianos de Filipos. Les exhorta a usar todo lo bueno que hay en el mundo.

Cuatro textos diferentes de autores diversos y de épocas distintas que se sitúan frente a la creación y responden a la belleza que hay en ella. Se podría decir que son una protohistoria, una reflexión, una oración y una exhortación.

Cuatro textos de la Sagrada Escritura, bellísimos, que nos dicen algo sobre el mundo y sobre su Creador.



1

LA CREACIÓN (Gn 1,1-2,4)

Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era una soledad caótica y las tinieblas cubrían el abismo, mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas.

Y dijo Dios:

–Que exista la luz.

Y la luz existió. Vio Dios que la luz era buena y la separó de las tinieblas. A la luz la llamó «día», y a las tinieblas, «noche».

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día primero.

Y dijo Dios:

–Que haya una bóveda entre las aguas para separar unas aguas de otras.

Y así fue. Hizo Dios la bóveda y separó las aguas que hay debajo de las que hay encima de ella. A la bóveda Dios la llamó «cielo».

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día segundo.

Y dijo Dios:

–Que las aguas que están bajo los cielos se reúnan en un solo lugar y aparezca lo seco.

Y así fue. A lo seco lo llamó Dios «tierra» y al cúmulo de las aguas lo llamó «mares». Y vio Dios que era bueno.

Y dijo Dios:

–Produzca la tierra vegetación: plantas con semilla y árboles frutales que den en la tierra frutos con semillas de su especie.

Y así fue. Brotó de la tierra vegetación: plantas con semilla de su especie y árboles frutales que dan fruto con semillas de su especie. Y vio Dios que era bueno.

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día tercero.

Y dijo Dios:

–Que haya lumbreras en la bóveda celeste para separar el día de la noche, y sirvan de señales para distinguir las estaciones, los días y los años; que luzcan en la bóveda del cielo para alumbrar la tierra.

Y así fue. Hizo Dios dos lumbreras grandes, la mayor para regir el día y la menor para regir la noche, y también las estrellas; y las puso en la bóveda del cielo para alumbrar la tierra, regir el día y la noche y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno.

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día cuarto.

Y dijo Dios:

–Rebosen las aguas de seres vivos y que las aves aleteen sobre la tierra a lo ancho de la bóveda celeste.

Y creó Dios por especies los cetáceos y todos los seres vivientes que se deslizan y pululan en las aguas; y creó también las aves por especies. Vio Dios que era bueno. Y los bendijo diciendo:

–Creced, multiplicaos y llenad las aguas del mar; y que también las aves se multipliquen en la tierra.

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día quinto.

Y dijo Dios:

*–Produzca la tierra seres vivientes por especies:
ganados, reptiles y bestias salvajes por especies.*

*Y así fue. Hizo Dios las bestias salvajes, los ganados
y los reptiles del campo según sus especies. Y vio Dios que era
bueno. Entonces dijo Dios:*

*–Hagamos a los hombres a nuestra imagen, según nuestra
semejanza, para que dominen sobre los peces del mar, las aves
del cielo, los ganados, las bestias salvajes y los reptiles de la tierra.*

*Y creó Dios a los hombres a su imagen; a imagen de Dios
los creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios diciéndoles:*

*–Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla;
dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos
los animales que se mueven por la tierra.*

Y añadió:

*–Os entrego todas las plantas que existen sobre la tierra
y tienen semilla para sembrar; y todos los árboles que
producen fruto con semilla dentro os servirán de alimento;
y a todos los animales del campo, a las aves del cielo
y a todos los seres vivos que se mueven por la tierra les doy
como alimento toda clase de hierba verde.*

*Y así fue. Vio entonces Dios todo lo que había hecho,
y todo era muy bueno.*

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día sexto.

*Así quedaron concluidos el cielo y la tierra con todo
su ornato. Cuando llegó el día séptimo, Dios había termina-
do su obra, y descansó el día séptimo de todo lo que había
hecho. Bendijo Dios el día séptimo y lo consagró, porque en
él había descansado de toda su obra creadora.*

Esta es la historia de la creación del cielo y de la tierra.

Abrimos la Biblia y la primera palabra que encontramos en hebreo es *bereshit*, que podemos traducir como «al principio».

Y leemos un precioso relato sobre la creación del universo. Seguramente es una historia que hemos escuchado muchas veces. Nos suena. Aunque, si seguimos adelante, podemos comprobar que hay dos relatos de la creación que tienen bastantes diferencias. Por lo general mezclamos en nuestros recuerdos los dos, y no distinguimos los diversos elementos que hay en uno y en otro y que los hace muy diferentes.

Volveremos sobre esto.

Por el momento nos quedamos con que estamos ante la respuesta que el pueblo de Israel ha dado a esa gran pregunta que siempre se han hecho todas las culturas. ¿De dónde viene esto que vemos?

Y a lo largo de siglos la humanidad ha dado muy diferentes respuestas.

Para los sumerios, que habitaban en Mesopotamia desde el cuarto milenio antes de Cristo, el mundo nace de la lucha en el barro de unos dioses. Para ellos, el barro es un elemento esencial en sus vidas. Las casas son de barro, se escribe en tablillas de barro, el barro fecunda los campos para las cosechas...

Los griegos conciben la creación como la combinación de diversos elementos primordiales, aunque no todos están de acuerdo en cuántos y cuáles son estos elementos.

Cada pueblo busca una explicación, un relato que se pueda transmitir y que dé razón de lo que estamos viendo, y que nos exige una explicación que resulte mínimamente coherente.

Estas historias nos orientan y nos dan pistas para seguir viviendo.

He señalado que hay dos relatos de la creación, uno a continuación del otro. El primero comprende desde el comienzo hasta el capítulo 2, primera parte del versículo 4 (Gn 2,4a), y es más reciente que el otro. A este, más reciente y colocado en primer lugar, lo llamaremos «Sacerdotal» (sigla «P», ya que, en alemán, «sacerdote» es *Priest*).

Está escrito por alguien de la escuela sacerdotal a la vuelta del exilio de Babilonia, en el siglo VI a. C. En este tiempo, los sacerdotes de Israel reescriben la historia y las tradiciones del pueblo. Y al hacerlo lo juntan a lo que ya se había escrito anteriormente y dan nueva forma al libro del Génesis, el de los orígenes.

Esta narración Sacerdotal se articula a través de los días, del primero al sexto, y culmina con el sábado, día sagrado por excelencia y dedicado al Señor. Es el día del culto a Dios en el Templo, donde los sacerdotes celebran la liturgia, especialmente en el día séptimo, el *shabbat*.

Por eso la semana en Israel comienza el domingo, después del descanso sabático. Los cristianos, en cambio, culminan la semana el domingo, día en el que celebran la resurrección del Señor.

Una de las ideas que quiere dejar muy clara el autor es que los astros y los animales no son dioses. Lo eran para diversas culturas cercanas a Israel. En Egipto y en Mesopotamia se rendía culto a los animales, a la luna y al sol. El autor de este relato de la creación insiste en que solamente se trata de criaturas de Dios. Que Dios las ha

creado, que son bellas, pero que han salido de las manos del Creador.

El relato que nos ocupa no es una lección de ciencia ni de historia. Pertenece a un género diferente. Es una narración mítica.

Esta palabra asusta a veces a los creyentes. Parece que mito equivale a falso o a mentira. Peor aún, a engaño.

Pero mito no es eso. «Es un relato de los orígenes que cuenta, con imágenes y símbolos, por qué y cómo nació algo esencial para el hombre y la sociedad. Este acontecimiento fundacional y la visión del mundo que soporta están situados fuera de la historia, aunque establecen en la historia prácticas (mediante el rito) y comportamientos (mediante una ética)»¹.

Es decir, que categorías como verdad o mentira no encajan en los mitos, como no encajan las categorías de los colores cuando hablamos del dolor físico.

Tampoco son válidas las posturas creacionistas, aunque estén de moda en algunos lugares. Leer la Biblia sin tener en cuenta la fecha en la que está escrita, la cultura del autor de un texto, el contexto de un comentario... es desconocer que «la Palabra de Dios inspirada se ha expresado en lenguaje humano y ha sido escrita bajo inspiración divina por autores humanos, cuyas capacidades y posibilidades eran limitadas»².

¹ J. L'HOUE, *Génesis 1-11. Los pasos de la humanidad sobre la tierra*. Estella, Verbo Divino, 2013, p. 5.

² PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*. Roma, 1993, I, F.

Lo que el autor del relato de la creación quiere dejar claro son varios temas:

- 1) Que el mundo es algo bueno, creado por Dios. Y creado sin tener que luchar contra otros dioses, sino porque ha querido que sea así.
- 2) Que Dios está por encima de su obra y no se puede confundir con ella. Ni los astros, ni los animales, ni la tempestad, ni el terremoto son dioses. Todo en este mundo es criatura de Dios.
- 3) Que el hombre y la mujer son creados en plano de igualdad, y ambos son imagen de Dios.
- 4) Que, por ser imagen de Dios, todo hombre y toda mujer merecen absoluto respeto.
- 5) Que es bueno que hombre y mujer se unan y se multipliquen.
- 6) Que la especie humana debe ser la que cuide de la creación, que es obra del Creador.
- 7) Que hombre y mujer deben buscar a Dios y tratar de cumplir la misión para la que son destinados.
- 8) La creación es lo contrario del caos. El caos es oscuridad, desorden, confusión. Por el contrario, la creación es orden, luz y claridad.

Hay, sin duda, formas muy hermosas de decir todo esto, que no es poco. Y una de ellas es la narración que nos ocupa.

ÍNDICE

PRÓLOGO , de Luis Fernando Crespo Navarro.....	7
INTRODUCCIÓN	12
I. EL UNIVERSO	17
1. La creación (Gn 1,1-2,4)	19
2. Un tiempo para... (Qo 3,1-11)	33
3. La belleza de la creación (Sal 104 [103])	43
4. Todo lo verdadero... (Flp 4,4-9)	61
II. EL HOMBRE	71
1. Parábola de los árboles (Jue 9,6-15)	73
2. Un corazón de carne (Ez 36,24-32)	83
3. La amada (Cant 4)	95
4. Canto de David a la amistad (2 Sam 1)	107
5. La fidelidad (Rut 1,8-18)	121
6. José perdona a sus hermanos (Gn 45,1-15)	129
7. La convivencia del lobo y el cordero (Is 11,1-9)	147
8. El hombre verdadero (Sal 15 [14])	161
9. Los hombres misericordiosos (Sir 44,1-15)	175
III. DIOS	187
1. ¿Quién conoce a Dios? (Job 42,1-10)	195
2. El Dios tierno (Sal 103 [102])	209
3. El corazón de Dios (Os 11,1-9)	221
4. Los caminos de Dios (Dt 10,12-22)	235
5. Hablar con Dios (Ex 33,7-18)	247
6. Yo estoy contigo (Gn 28,10-22)	265
7. El Dios del <i>Magnificat</i> (Lc 1,46-55)	277